



Altamirano, Carlos. *Estaciones*. Buenos Aires:
Ampersand, 2019. 138 p.

Francisco Aiello¹

Uno de los rasgos encomiables de la colección Lector&s que dirige Graciela Batticuore para la editorial porteña Ampersand lo constituye la amplia nómina, aún en expansión, de autores y autoras de sólido prestigio forjado en distintos pliegues del vasto mundo de las letras. Aceptan el desafío de la retrospección para trazar un recorrido vital signado por la lectura tanto escritores de ficción como investigadores. Entre estos últimos ubicamos a Carlos Altamirano, quien desde la Presentación de *Estaciones* (2019) muestra las vacilaciones superadas para sumar su libro a este proyecto editorial en el que lo han precedido “escritoras y escritores que admiro, así que el ofrecimiento a la vez me complacía y me intimidaba” (7). ¿A qué podía obedecer esa intimidación? Una posible respuesta cede a la tentación de considerar una impostura sujeta al tópico de la falsa modestia, aunque acaso esta aproximación, atenta a tradiciones retóricas, no agote la cuestión. Finalmente, Altamirano –profesor

¹ Doctor en Letras. Docente en el Departamento de Letras de Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Mar del Plata. Investigador de CONICET.
Año 2 n° 3 | 2020

universitario, investigador de eximia trayectoria— hace de la lectura y la escritura una práctica profesional tan sólida como la de los otros nombres de la colección. Y, de hecho, hay un punto en el que puede correr con cierta ventaja respecto de sus colegas autores de ficciones. Si nos permitimos una generalización —cuyos numerosos matices exceden los propósitos de esta reseña—, quienes escriben obras de creación y quienes producen textos regulados por la academia coinciden en que su práctica compositiva aún a muy variadas lecturas. La distinción reside en que los primeros —salvo en casos de deliberada ostentación de cita— tienden a subsumir todo lo leído en una voz propia, aun cuando una mirada perspicaz podrá reconocer los textos allí presentes incluso sin indicios superficiales que alerten sobre esas incorporaciones de otros escritos. En cambio, los investigadores, empeñados por incluir sus producciones en una comunidad de conocimiento, hacen visibles las lecturas —cuidadosamente registradas en fichas, como las que Altamirano aprendió a confeccionar cuando estudiaba Letras en la Universidad Nacional del Nordeste— mediante un erudito despliegue de citas con las que se forja un diálogo del que resulta el aporte de la investigación. De modo que, en *Estaciones*, su autor insiste en el ejercicio de escribir sobre lo que lee, pero ya no al modo académico en el que el yo aspira a la difuminación, sino que el acceso a materiales escritos se entrama con la propia trayectoria vital. Así el texto se tensiona entre zonas entrañables por la carga emotiva —como la vida en un caserío de Corrientes, donde su madre era maestra rural— y otras en las que se impone el profesor al ofrecer, por ejemplo, interesantes semblanzas de los aportes teóricos de Pierre Bourdieu y Raymond Williams, dos autores decisivos en el camino intelectual de Altamirano.

Mediante la figura de las estaciones, Altamirano alude a un itinerario signado por desplazamientos tanto espaciales —Corrientes, Rosario, Buenos Aires— como profesionales y disciplinares. La recurrencia de reorientaciones en los intereses políticos

y académicos abre un repertorio de lecturas disímiles, que en buena parte se organizan a partir de un empeño puesto en lograr correspondencia entre la biblioteca personal y una cierta idea de militante –“militante bien formado” (51) condensa el modo de recordar una autofiguración deseada– o de investigador. Esta tarea de lecturas sistematizadas encuentra momentos de desarrollo institucionalizado en universidades del país, pero también como ejercicio de resistencia a través de grupos de estudio clandestinos que cobraban vigor durante la dictadura militar iniciada en 1976. De esta forma de sociabilidad intelectual surgió la prestigiosa revista *Punto de Vista*, un proyecto cultural de envergadura complementado con otras lecturas realizadas en compañía de Beatriz Sarlo. El nombre de esta ensayista queda emparentado con una de las estaciones formativas de Altamirano, de la cual resultaron sus primeras publicaciones a través de artículos en revistas especializadas, actividad sustentada en consultas de textos encadenados, como la deriva que parte de Sarmiento y lleva a Adolfo Prieto, a Rousseau y a Starobinski. Son recurrentes los ejemplos como este de derivas en la lectura a lo largo de *Estaciones*, a través de las cuales el autor recuerda cómo fueron constituyéndose para él series con textos aparentemente disímiles: “Unas lecturas generaban otras, en un encadenamiento, que no era obligado, pero tampoco fortuito”(36).

Las expectativas sobre sí mismo en relación con la acumulación de una cierta enciclopedia no siempre fueron sobre rieles, en tanto Altamirano no construye la epicidad del lector ávido e infalible a quien ningún texto se le resiste. Por el contrario, la determinación suple una disposición natural a transitar cualquier textura. Incluso el autor se permite cierta autoironía, como sucede con la evocación de la escuela secundaria y el préstamo que le hace una profesora de filosofía de *La náusea* de Jean Paul Sartre, novela que escapa a los esquemas interpretativos adquiridos por el

adolescente: “Ya no recuerdo qué le dije a mi profesora al devolverle el libro, pero sí estoy seguro de que no le confesé que había perdido la batalla” (32). Otros textos también ofrecen resistencia al aprendiz debido a la falta de un bagaje que hiciera del joven un lector apto para leer, por ejemplo, a Maurice Merleau-Ponty, cuyo *Las aventuras de la dialéctica* lo llevó al naufragio –el término es de Altamirano– por no tener leídos en aquel entonces a Max Weber o a Georg Lukács. El carácter al menos parcialmente infranqueable de un texto reaparece con *Mimesis* de Erich Auerbach, libro recomendado cuando Altamirano resuelve inscribirse en la UNNE para estudiar Filosofía o Letras (la segunda opción gana la partida tras el primer año de cursada). Mediante el encuentro con este libro del estudioso alemán, se pone en escena un método perseverante que caracteriza toda la trayectoria de Altamirano, quien conjuga las lecturas fijadas por los estudios formales y otras tantas acumuladas a fuerza de empeño personal. Así, ante la adversidad que supone un texto acaso destinado para otro lector – “al principio entraba y salía de sus páginas, abandonaba su lectura y volvía más tarde, tratando de superar el hecho de que desconocía buena parte de las obras de donde Auerbach extraía los pasajes que examinaba tan finamente.” (84)– se activa una estrategia para revertir la contrariedad: “comencé a alternar la lecturas de *Mimesis* con la de algunos de los libros examinados por el filólogo alemán.” (84). En ocasiones, la resistencia de los textos obedece a la falta de interés, como los volúmenes de histología y anatomía que laboriosamente Altamirano leyó durante el breve período durante el cual siguió un mandato familiar más o menos tácito de estudiar medicina en la sede rosarina de la Universidad Nacional del Litoral. La indiferencia también se impone ante lecturas acerca de una pasión infantil: las historietas compradas escrupulosamente bajo el control paterno, pero leídas con fruición en variados ejemplares conseguidos por una red barrial y familiar. Pese a la emotividad del recuerdo de las historietas, que ligan las

primeras lecturas y lo íntimo de la vida familiar, Altamirano no siente ninguna interpelación por los sendos estudios sobre la “literatura dibujada” que ya se desarrollaban en los años 1960 bajo el auspicio de Oscar Masotta. Quizás se trata de impedir que la constitución en *objeto de estudio* aniquile la carga sentimental y evocativa de la historieta ávidamente consumida en la infancia.

La estación de la carrera de Letras en la UNNE –anterior a su labor porteña en CEAL y *Punto de Vista*– no parece promover la acumulación extensa de lecturas, aunque Altamirano, a pesar del desdén suscitado por varias asignaturas, realiza el rescate de algunas lecturas *doctas*, según su propia caracterización. En algún caso, como *La originalidad artística de «La Celestina»* de María Rosa Lida de Malkiel, la lectura es evocada recuperando el efecto al momento de transitar el texto. La obra de esta filóloga argentina suscitó admiración en dos planos. Por un lado, contribuyó ampliamente en la posibilidad de acceder con comodidad al clásico español. Por el otro, el autor recupera un tipo de enseñanza distinto, en el sentido de que Altamirano se muestra en la actitud de un lector en el que va surgiendo la disposición a escribir y, por tal motivo, no solo repara en el sistema de ideas de la obra de Lida, sino además en aspectos compositivos, como la sutilezas desplegadas por la investigadora para refutar a autores reconocidos que la antecedieron en el examen de *La Celestina*. En otro caso se destacan, entre las lecturas universitarias, el *Curso de lingüística general* de Ferdinand de Saussure, que – en lugar de remontar el íntimo encuentro con la obra– sirve de excusa para seguir el derrotero del ingreso de la obra del ginebrino en la Argentina a través de Amado Alonso, de quien se esbozan rasgos de la labor en el Instituto de Literaturas Hispánicas de la Universidad de Buenos Aires. Además de estos dos acercamientos a las lecturas impuestas por los estudios superiores, la formación académica arroja un balance positivo en el repertorio de nociones, esquemas de interpretación, saberes retóricos,

entre otras competencias, que constituyen el principal legado de esos años, el cual siguió funcionando incluso cuando la estación literaria ya quedó atrás en el itinerario de Altamirano.

Aun cuando la idea de estación sugiere una idea de sucesividad –según la cual a una etapa de estudios literarios siguió otra dedicada al estudio de las ideas y de los intelectuales–, estas dos tendencias se solapan a lo largo de todo el recorrido. Como dijimos, hay saberes adquiridos en el campo de las letras que se vuelven un equipaje que ya no se abandonará. Pero además, cada etapa de la vida discurre entre estos dos intereses siempre en diálogo. Desde la adolescencia, los textos literarios compartieron anaqueles con los vinculados a la militancia. Basta señalar que Héctor P. Agosti merece un capítulo propio en *Estaciones*, en el cual Altamirano transita a lo largo de su obra con foco en algunos de sus libros fundamentales. Este nombre propio, asimismo, es indicio de una voluntad de rescatar, junto a grandes nombres europeos, el legado de pensadores argentinos, incluso cuando algunos títulos parecen no haber resistido el paso del tiempo. Se abre así una indagación personal sobre libros cuya importancia se fue diluyendo, aunque rescatados en lo relevante de considerar grandes temas de la cultura en forma situada. La prosa de ideas traba un vínculo directo con el presente, para cuya interpretación ofrece claves tanto la producción nacional como la extranjera. Así sucede con la Revolución cubana de 1959, episodio bisagra en la cultura latinoamericana que ingresa en el libro de Altamirano a través de los ensayos que le dedicaron Sartre y el norteamericano Wrigth Mills, ambos títulos aparecidos en versión castellana en 1961. Estas lecturas son las que terminan imponiéndose –sin erradicar las visitas a la literatura– en el desempeño profesional de Altamirano, como explica en el capítulo “Última estación” en buena parte dedicado a exponer el origen y la constitución de un campo de estudios que paulatinamente se perfila con claridad distintiva: la historia

intelectual. Se llega así al final del itinerario propuesto por Altamirano, en el que ha compartido zonas personales de su vínculo con la lectura y zonas que permiten desandar el camino que condujo hacia proyectos académicos, editoriales e intelectuales de insoslayable relevancia.